guos entre dos ó varias estrellas. Según Buonarruoti (*Vetri.*, pág. 38), estas estrellas son el signo de la divinidad, de la eternidad del Salvador; indican el soberano dominio que su Padre le ha dado en los cielos, así como también el reino eterno que ha conquistado él mismo por su Pasión sobre el género humano, al cual ha abierto las puertas del empíreo. Esta interpretación se aplica, como hemos dicho, á todos los monumentos donde Nuestro Señor está representado, ya por un monograma (Buon., tav. VIII, 1), ya por un cordero en un campo sembrado de estrellas, como en el mosáico de San Vital de Rávena (Ciampini. *Vet. mont.*, II, tab. XVIII), ya por una cruz en medio de un cielo estrellado, como en el mosáico de Gala Placidia de la misma ciudad (ídem, ibíd., I, tav. LXV).

Algunas veces las estrellas son en número de siete; entonces creen algunos arqueólogos (Polidori. *Sepolcri Nazariani*, pág. 51) que hubo la intención de representar abreviadamente la constelación de la Osa Mayor, que no desaparece nunca del horizonte, y facilitaba á los primeros cristianos un símbolo perfecto para expresar la indefectible duración del Paraíso. Otros, apoyándose en el texto del primer capítulo del *Apocalipsis*, consideran las siete estrellas como el símbolo de la Iglesia católica. «El Hijo del Hombre tenía en su mano siete estrellas», *habebat in dextera sua septem stellas* (versículo 16). «Las siete estrellas son los siete ángeles de las siete Iglesias», *septem stellæ angeli sunt Ecclesiarum* (vers. 20). Todos los santos Padres lo han comprendido así. Después de San Cipriano viene San Agustín, que expresa su opinión en la materia con una claridad que no da lugar á dudas (*De civit. Dei*, l. XVII, c. 4): «El apóstol Juan escribió á siete Iglesias, para demostrar que escribe á la plenitud de la Iglesia una, porque el número siete significa la perfección de la Iglesia universal.» Se encuentran testimonios análogos en San Victorino, obispo de Petau, en Stiria (*In Apoc.*, n. XVI, ap. Galland, t. IV), en el venerable Andrés de Cesárea, en Capadocia: «En este número siete, dice el último, Juan ha comprendido el misterio de todas las Iglesias existentes en todas partes.» Primacio, obispo de Adrumeto, se expresa casi en los mismos términos (*Comment. in Apoc.* Basil., 1544): «Juan á las siete Iglesias que están en Asia: lo que quiere decir á la Iglesia una y septiforme.» San Jerónimo no es menos explícito (*In Is.*, XV): «Juan á las siete Iglesias. Por las siete Iglesias se designa únicamente la Iglesia católica.» Después de esto, apenas es posible dudar que no sea este el sentido de las siete estrellas en muchos monumentos antiguos. Si este símbolo está trazado en las tumbas, debe tener el valor de un acto de adhesión á la comunión de la Iglesia católica, como la fórmula IN PACE en ciertas circunstancias (véase el artículo *In pace*); y esta interpretación es por todo extremo plausible respecto á los monumentos cuya fecha recuerda grandes turbulencias en la Iglesia. Los sepulcros de Milán (Polidori, ibíd.) estarían en estas condiciones, si, como creen los sabios comentadores de estos monumentos, son de la mitad del siglo III, época en que se coloca el cisma de Novaciano, primer antipapa.

Una lámpara cristiana de la colección de Sante Bartoli (*Ant. lucerne*, part. III, 29) tiene en su disco la imágen del Buen Pastor coronado de siete estrellas. Nada impide ver aquí también el mismo sentido, siendo la Iglesia la corona y la obra predilecta del Divino Pastor; y lo que corrobora esta opinión es que se observa allí también el arca de Noé, que es un símbolo indudable de la Iglesia (véase á continuación la parte de la lámpara que se refiere á nuestro asunto).

Los bajos relieves de un bello sarcófago de Arlés (Millin. *Midi de la Fr.*, atlas, pl. LXV, 3) tienen estrellas, alternativamente una y dos, cerca de cada uno de los doce Apóstoles: éste es, sin duda, el símbolo de la felicidad que disfrutan en el cielo. Tenemos también en Marangoni (*Cose gentilesche*, pág. 373) un fondo de copa que representa emblemas eucarísticos, y en el que se encuentra un jóven que lleva una túnica adornada con cuatro estrellas. Una estrella aislada, acompañada de gran número de símbolos referentes á la resurrección, se ve también en una piedra antigua grabada (Perret, IV, pl. XVI, 8); otra gema (ibíd., 22) y una piedra de anillo (ibíd., 81) llevan una paloma coronada de una estrella. Todos estos asuntos, rodeados de detalles un poco diferentes unos de otros, están inspirados en el mismo orden de ideas simbólicas.

Algunas medallas de Constantino y de sus hijos ofrecen en el casco del Emperador el ☧ teniendo á los lados dos estrellas de seis rayos (Baron., *ad. an.*, 312).

A veces no hay más que el monograma mismo, que afecta á menudo esta forma ☧; pero entonces los radios están terminados por pequeños globos ó por una línea transversal, en vez de terminar los radios de las estrellas en puntas agudas.



**EUCARISTÍA.**—De todos los misterios del cristianismo, la Eucaristía era el que en los primeros siglos importaba más ocultar á los ojos de los profanos, y velar á los de los catecúmenos. La idea de un Dios hecho hombre, dando á la criatura su carne como alimento y su sangre como bebida, estaba de tal modo fuera, ó mejor dicho, por encima de las concepciones del espíritu y de las ambiciones, aun las más audaces, del corazón humano, que no podía dejar de ser para los idólatras, y aun para los adeptos incompletamente iniciados, objeto de una sorpresa igual á la que produjo en los discípulos cuando por primera vez fué enunciada por la boca del Maestro: «Esta palabra es dura, gritaron, ¿y quién la puede escuchar?» *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* (Joan., VI, 61).

Bien se comprenden los peligros, así como los escándalos, que podría promover esta sublime nueva cayendo, sin preparación suficiente, en almas rejuvenecidas ó en espíritus hostiles. Esto explica por qué, ya en su lenguaje escrito, ya en su lenguaje figurado, la antigüedad tomó, para atenuar los peligrosos esplendores de tal misterio, todas las prudencias de la disciplina del arcano (véase el artículo *Disciplina del secreto*). Los Padres griegos la llaman *el bien*, τὸ ἀγαθόν, ó, si se trata de las dos especies, *los bienes* por excelencia, τὰ ἀγαθά (véase Suicer. *Thesaur. eccl. ad voc.* Ἀγαθος.β). Las liturgias orientales tienen esta fórmula poética, interpretada por el poeta Fortunato (*Carm.*, XXV, l. III):

Corporis Agni margaritum ingens.
«La rica perla del cuerpo del Cordero.»

Según una doctrina muy conocida y que se explicará más adelante, la Eucaristía es el PEZ. Así leemos en la famosa inscripción de Pectorio de Autun: «Toma, come y bebe, teniendo ἰχθύς en tus manos.» El epitafio de Abercio, obispo de Hierápolis en Frigia, monumento más antiguo todavía (véase Garruci, *Mélanges d'Epigraphie*, 1.er fascicule), expresa la misma opinión en términos algo diferentes: «La fe me guió, y me ofreció por alimento el pez... muy grande, muy puro, que la casta Virgen tuvo en sus brazos.» Todas estas expresiones misteriosas bastaban al fiel que tenía la clave de ellas; no significaban nada para el que no estaba iniciado. San Cenón de Verona (*Invitat. ad font*, III) llama á la Santa Eucaristía *Desiderata* «lo que se desea». Podríamos citar otras muchas todavía; pero nos hemos apresurado á llegar á los monumentos figurados, porque á ellos debemos, sobre todo, interrogar en este sitio. Además, los emblemas que se trazan allí para recordar á los fieles el augusto misterio, están tomados, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento.

I. Sabemos que la historia bíblica facilita cierto número de figuras de la Eucaristía, considerada, bien como sacrificio, bien como sacramento. Aquellas que han sido reproducidas por las artes de imitación, son las que únicamente deben merecer aquí especial mención, porque no podríamos dudar que los primeros cristianos les hubiesen dado un valor simbólico.

1.° Como figura evidente del sacrificio eucarístico, tenemos un mosáico de San Vital de Rávena que data del siglo VI (Ciampini, *Vet. mon.*, II, tab. XXII), y que representa el sacrificio de Melquisedech como se refiere en el capítulo XIV del Génesis (véase el artículo *Misa*, III, y en él la escena aquí indicada, así como su explicación).

2.° El maná con que el Señor alimentó á su pueblo en el desierto, representaba la Eucaristía, como sacramento ó como alimento; ésta es la opinión de casi todos los Padres. Al señalar la inmensa superioridad de lo real sobre lo figurado, nuestro Salvador se dignó expresar por sí mismo las relaciones de una y otra: «Este es el pan que ha bajado del cielo. Vuestros padres han comido el maná en el desierto, y han dejado de existir; pero aquel que coma de este pan, vivirá eternamente» (Joan, VI, 39), *patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt; qui manducat hunc panem, vivet in æternum.*

Los monumentos primitivos del cristianismo no habían revelado hasta aquí sino representaciones en algún modo demostrativas del milagro del maná: algunas de ellas, respecto á las que se ha convenido en ver invariablemente la multiplicación de los panes, nos ha parecido, no obstante, que deben ser interpretadas siempre en ese sentido. Pero hoy poseemos un fresco de las catacumbas, donde el asunto está representado de una manera indudable, y roreado de circunstancias que le dan una significación eucarística cierta. Omitimos aquí los detalles, que se leerán en especial artículo sobre el *Maná*.

3.° La situación crítica de Daniel en el lago de los leones, con tanta frecuencia trazada en los monumentos, era muy propia para ser destinada á representar la situación de los cristianos en medio de las persecuciones. ¡Sí, pues, el alimento que el profeta Abacuc le facilita de orden de Dios, y que ordinariamente consiste en un pan y un pez (véase un sarcófago de Arlés en Millin. *Midi de la France*, pl. LXVII, y las memorias de la Sociedad de los Antic. de Francia, t. XXXV. pág. 77. *Tumba de Brescia.* Véase el asunto en nuestro artículo *Daniel*), ¡no es la

figura de la Eucaristía este pan de los fuertes con el que los fieles se nutrían en sus pruebas, y que á menudo los diáconos llevaban á los confesores de la fe á las prisiones, no sabríamos verdaderamente qué interpretación darle! Tenemos una prueba evidente de este hecho en el sarcófago de Brescia, citado más arriba, donde, con el pan, Abacuc presenta á Daniel el pez místico. También se ha considerado algunas veces este alimento como la imagen del consuelo que las oraciones de los vivos procuran á las almas del Purgatorio. Pero este sentido no excluye el otro. (Respecto á este asunto, véase el grabado del artículo *Sarcófagos*, III, y también el del artículo *Daniel*.)

II. Figuras sacadas del Nuevo Testamento.

1.° *La conversión del agua en vino en las bodas de Caná* (véase el artículo *Caná*). Según San Cirilo de Jerusalén (*Catech.*, XXII, 11), este primer milagro de Jesucristo sería una figura de la conversión del vino en la sangre del Salvador. Fundados en esta enseñanza y en otros datos, la mayor parte de los anticuarios, entre otros Bottari (III, pág. 29) y el P. Marchi (ap. Mozzoni. *Tav. eccl. stor.* secolo IV, not. 29), ven en la reprodución de este prodigio en los monumentos antiguos, la imagen de la transubstanciación. Y existe una circunstancia digna de atención, como es la de que casi siempre, y sobre todo en las esculturas de los sarcófagos, se encuentra unido al milagro de la multiplicación de los panes, que, así como vamos á verlo, tiene una significación análoga y más pronunciada todavía (véase el sarcófago grabado en el artículo *Sarcofagos*, III y IV); es evidente que se ha querido presentar de este modo, y á un tiempo, los símbolos de los dos elementos de la Eucaristía.

Las pinturas de una catacumba cristiana de Alejandría, en Egipto, descrita hace poco por el sabio M. Wecher y explicada por monsieur De'Rossi en su Boletín de Octubre de 1865, vienen á dar á esta opinión el último toque de la certidumbre. Vense desde luego las bodas de Caná, después la multiplicación de los panes y de los peces, y por último un tercer grupo de varias personas sentadas á la sombra de algunos árboles, sobre las cuales está trazada esta inscripción, perfectamente conservada: **ΤΑϹ ΕΥΛΟΓΙΑϹ ΤΟΥ ΧΥ ΕϹΘΙΟΝ ΤΕϹ**, «los que comen los eulogios de Cristo». Sabemos que, empezando por San Pablo (1 *Cor.*, 10, 16), los más antiguos escritores eclesiásticos no designan la Eucaristía con otro nombre que el de eulogio (véase esta palabra). Este era, sobre todo, el lenguaje de la Iglesia de Alejandría, á la cual pertenece el importante manuscrito que nos ocupa, y especialmente el de San Cirilo, obispo de esta ciudad, que usa siempre esta palabra, como de uso vulgar, ya en singular, ya en plural, para indicar el pan y el vino consagrados (l. IV, *In Joan.*, c. 2. Catena. in V, 27, cap. III, *Joan.*, etc.). Puede verse en Suicer (1 *Thes. cat.* ad voc. Εὐλογία) un gran número de textos de los demás Padres griegos, que emplean las mismas palabras y en el mismo sentido.

Cuando no se encuentran colocados uno al lado del otro estos dos asuntos, se relacionan á derecha é izquierda del asunto principal que ocupa el centro de la urna (véase Bottari, tav. CXXXV *et passim.* — Millin. *Midi de la France*, pl. LXV, 5).

Debemos observar, sin embargo, que, á medir bien las palabras de San Cirilo, el milagro de Caná debería ser considerado como un signo conmemorativo más bien que como una figura ó un símbolo propiamente dicho. Este Padre cita el hecho como término de comparación para que los fieles tomen y admitan el misterio de la transubstanciación eucarística. Pero no dice más. Lo que podemos citar como más positivo en la materia, es un pasaje de San Agustín (*Tract.* VIII, *In Joan.*, 1 y 3), en el que enseña que el esposo de Caná era la figura del Salvador, y en este sentido puede ser que esas bodas fuesen la figura de la Eucaristía, festín que Jesucristo sirve á sus amigos: *Illarum nuptiarum sponsus personam Domini figurabat.* Probablemente en el mismo sentido también se encuentra representado en ciertos vasos eucarísticos, por ejemplo, en una especie de vinajera de plata, *amula*, *urceolus*, de rara elegancia, que Blanchini cree ser del siglo IV (véase Blanchini. *Not. in Anastas. in Vit. S. Urbani*). He aquí este interesante monumento. Esto indica á todas luces el poder dado á los sacerdotes de convertir el vino en la sangre de Jesucristo, como Jesucristo convirtió el agua en vino.

2.° *La multiplicación de los panes.* Doctrina es ésta admitida entre los anticuarios cristianos que, bajo la inspiración y la dirección de los pastores de la Iglesia, los artistas, al figurar este asunto, han tenido la intención de representar el misterio adorable de la Eucaristía, donde Nuestro Señor se convierte en alimento del hombre dándole la fortaleza necesaria para dirigir, con una virtud constante, su paso por la humanidad, del mismo modo que este mismo Salvador alimentó con un pan milagroso á la hambrienta muchedumbre que le seguía hacía ya tres días por el desierto. Y cuando este milagro está representado en un sepulcro, significa, según se cree, que el difunto se había provisto de ese pan celestial antes de emprender el gran viaje de la eternidad, de tal suerte que, como Elías, «al caminar con la resistencia que da este alimento..... *in fortitudine cibi illius*, pudo llegar hasta la montaña de Dios, Horeb». (3 *Reg.*, XIX, 8.) En efecto, haciendo nuestra aquí una juiciosa observación de M. De'Rossi (*De monum.* **ΙΧΘΥΝ** *exhibe.*, pág 20), está demostrado por casi innumerables ejemplos que el espíritu esencial de la simbolografía cristiana consiste en presentar ciertos símbolos y ciertas alegorías como asuntos históricos sacados de los Libros Santos, y que no podría suponerse, con alguna verosimilitud, que los artistas hayan querido sencillamente recordar el sentido directo de esos hechos al trazar su imagen.



Es más esencial todavía, con respecto á la especie, observar que la multiplicación, representada ordinariamente en los monumentos, es la segunda, porque nunca se ven en ellos más que siete cestas (véase Buonarr., tab. VIII), mientras que en el primer milagro se habían manifestado doce, lo que prueba una vez más, según la opinión de Orígenes (*Homil.* XII. *In Genes.*), opinión fundada en el texto de San Juan (VI, 13), que este milagro, y por consecuencia también las representaciones que de él se han hecho, encierra una alusión clarísima á la Eucaristía. Efectivamente, la segunda multiplicación se hizo en panes de trigo candeal, que son la base del sacramento, mientras que la primera tuvo por objeto panes de cebada. Hemos dicho «ordinariamente», porque algunos monumentos, entre otros los frescos de la catacumba de Alejandría, se oponen á la aplicación demasiado absoluta de esta regla. En esta última circunstancia, la multitud ascendía á 5.000 personas (Marc., VI, 44), en la otra, á 4.000 únicamente (ídem VIII, 9), número reducido sólo á los fieles, los cuales, á ejemplo de la muchedumbre que durante tres días había seguido al Redentor sin tomar alimento, se disponían, por largas mortificaciones y rigurosas abstinencias, á recibir dignamente el pan celestial.

Sabemos que los dos apóstoles que presentaron á Nuestro Señor los peces y los panes, fueron Andrés y Felipe (Joan, VI). Sin embargo, en el fresco de Alejandría, Pedro sustituye al segundo. Hay, á todas luces, una intención simbólica al atribuir á San Pedro la primicia del sacerdocio eucarístico. Este es un rayo de luz, con ayuda del cual podríamos reconocer á San Pedro ofreciendo los panes ó los peces en la mayor parte de los monumentos, especialmente de los sarcófagos donde se halla representado este hecho milagroso (véase *Bull.*, ibídem, pág. 75).

3.° *Representaciones de comidas.* Se encuentran dos clases de estas representaciones en los monumentos primitivos, y particularmente en las catacumbas de Roma. Unas, que no son otra cosa que imágenes del banquete celestial (véase el artículo *Representaciones de comidas*), admiten igualmente hombres y mujeres, y como sirven con frecuencia de adornos á las tumbas, el número de los convidados varía según el de las personas que descansan en el sarcófago ó en la cámara sepulcral. Las otras, por el contrario, presentan invariablementesiete hombres, ni más ni menos (y nunca mujeres), sentados á una mesa en la que figuran por todo alimento panes y peces fritos. Por esta razón decimos que estas últimas son representaciones simbólicas del festín eucarístico.

Esta escena se figura abreviada, sin duda á causa del poco espacio, es decir, con cuatro convidados únicamente (Nuestro Señor y tres discípulos), en el curioso díptico de la catedral de Milán, monumento del siglo V (Bugati. *Mem. di S. Celso*, in fine). La mesa está dispuesta en *sigma*, viéndose en ella un pez en un plato en medio de seis panes cortados en cruz, *decussati;* y el Salvador coge con la mano derecha un pan para darlo á sus convidados. En efecto, á la vista de semejante cuadro el espíritu se traslada naturalmente á la comida que Nuestro Señor, después de su resurrección, preparó á orillas del mar de Tiberiades á siete de sus discípulos, y en la que les sirvió (Joan, XXI, 9) panes y peces asados al fuego. La pintura es la representación exacta en todas sus partes del relato evangélico. Además, según el testimonio de todos los Padres y otros escritores eclesiásticos que han comentado este pasaje del Evangelio, el hecho que allí se encuentra relacionado es una figura directa de la Eucaristía, con exclusión de todo otro sentido; de este asunto, y sólo de este asunto, es de donde el *pez*, ἰχθύς, trae su significación eucarística. Cuantas veces los autores antiguos designan la Eucaristía con el nombre misterioso de *pez*, y es el que le dan casi siempre, toman esta alegoría del festín improvisado á orillas del mar de Galilea.

Dos citas bastarán para convencer al lector de este punto. La primera está sacada de un anónimo africano del siglo V, cuya obra (*De promissionibus et prædictionibus Dei*) está impresa á continuación de las de San Próspero de Aquitania. Este autor llama á Cristo «el gran PEZ que, en la orilla, alimenta por sí mismo á sus discípulos, y se ofrece PEZ, ἰχθύν, al mundo entero». He aquí un texto de San Agustín más explícito todavía (*Tract.* XII *In Joan.*): «El Señor hizo á sus siete discípulos una comida compuesta del pez que habían visto colocado sobre los carbones encendidos, y de pan. El pez frito, es Cristo; él es también el pan que ha bajado del cielo,» *piscis assus, Christus est passus* (Beda. *In Joan*, XXI). He aquí la doctrina escrita.